

**PRÁCTICAS PROFESIONALES
Y UTOPIA UNIVERSITARIA:
NOTAS PARA REPENSAR EL MODELO DE COMUNICADOR**

Raúl Fuentes Navarro

En el marco de la crisis económica, política y cultural que enfrenta América Latina desde principios de los ochenta, que no se limita a factores ni a manifestaciones nacionales, y de las nuevas corrientes de la globalización y de los bloques regionales que ha traído consigo el término de la guerra fría y el mundo bipolar, se ha ido extendiendo en la comunidad académica del campo de la comunicación la conciencia de la necesidad de una revisión extensa y profunda y de una renovación crítica, quizá radical- de la mayor parte de las acciones que, dentro y fuera de las universidades, contribuyen a la formación de comunicadores, al igual que de los demás profesionistas y agentes sociales. Sin embargo, las propuestas apuntan a direcciones divergentes y a veces opuestas.

La universidad misma, como institución social, ha sido puesta en crisis, desde las esferas financieras hasta las ideológicas, ya que parecen haberse desarticulado gravemente sus relaciones y funciones sociales y disminuido drásticamente la calidad de su aportación académica en todos los campos. Las políticas de «modernización» neoliberal imperantes ahora en la actuación de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos han agudizado aun más el debate no sólo en y acerca de las instituciones públicas, sino también en muchas de las privadas. Las maniqueas distinciones entre unas y otras tienden al mismo tiempo a disolverse en la práctica y a revitalizarse en el discurso, ante los rápidos cambios contextuales.

En el sector que constituyen las escuelas de comunicación se han conjuntado, además de las bruscas transformaciones económicas, políticas, culturales, los problemas generales de la educación superior con los específicos del campo, muchos de los cuales compartimos con las demás áreas de las ciencias sociales, que atraviesan a su vez, en todo el mundo, una aguda crisis epistemológica y teórico-metodológica. Y si a eso agregamos todavía el hecho de que el crecimiento desmedido de las escuelas de comunicación no se ha detenido y que hay ya más de cien mil estudiantes en más de 250 escuelas en la región (aunque México y Brasil concentran, cada uno; un tercio de esas cifras, el panorama futuro no puede verse con optimismo simplista.

Algunos seguimos creyendo, sin embargo, que desde el punto de vista de la planificación universitaria es viable todavía una reorientación crítica que permita reformular y rearticular las intenciones y las condiciones de la formación universitaria de comunicadores. Para lo cual es evidentemente necesario formular claramente unas y otras. La formación de profesionales, una de las funciones «sustantivas» de la universidad, está en el centro mismo de la cuestión. Pero para discutirla, entre otras cosas, es indispensable contar con un conocimiento sistemático y detallado de las relaciones concretas que mantienen los currícula y los ejercicios profesionales de la comunicación en cada país y región. Conceptualmente, el problema va siendo cada vez mejor planteado y ubicado, pero es completamente insuficiente la evidencia empírica que hasta ahora se ha producido en la casi totalidad de las instituciones latinoamericanas.

Aunque parece obvio que un análisis detallado de las condiciones en que los egresados se incorporan al ejercicio profesional y de las tendencias que la propia dinámica social va señalando como decadentes, predominantes o emergentes es una fuente imprescindible de información que, en el contexto de los valores y propósitos asumidos institucionalmente en cada universidad, debería fundamentar el perfil del comunicador y orientar dinámicamente el diseño curricular (1), tal conocimiento no existe en la mayoría de las escuelas latinoamericanas, ni parece estar siendo buscado (2).

Más bien, parece volver a tomar fuerza la tendencia a declarar inexistente el problema, y en consecuencia adoptar las maneras más eficientes de subordinar la formación universitaria a las demandas, explícitas y tácitas, de los empleadores, es decir, de quienes controlan el «mercado», casi siempre los mismos que controlan los medios de difusión masiva. Por ello, el embate ideológico del neo-liberalismo tiene en los noventa, lamentablemente, condiciones mucho más favorables para predominar sobre otros modelos orientadores de las prácticas universitarias que hace, digamos, dos décadas. De manera que aunque la reducción de «profesión» a «mercado de trabajo» y de «formación universitaria» a «adiestramiento funcional» es vista ahora como más «natural» y «práctica», no por ello la consideramos menos inaceptable.

No podemos ignorar que tanto en los sistemas universitarios en general como en las escuelas de comunicación más particularmente, a todo lo largo y ancho de América Latina, hay un gran conjunto de vicios y de insuficiencias, ya muchas veces descritos y analizados, que han contribuido a desarticular la formación de comunicadores del desarrollo de los sistemas dominantes de comunicación y de las transformaciones sociales que, a diferentes escalas, están en proceso y que se conocen en realidad muy poco, a pesar de estar siendo atravesados y reconstituidos por ellas. Pero en esas mismas instituciones se han acumulado también recursos considerables que, crítica y estratégicamente aprovechados, pueden apoyar la renovación desde hace décadas buscada.

Es en ese marco que puede replantearse, utópicamente, el problema de la articulación universidad-sociedad en cuanto a la formación de comunicadores y su inserción en las estructuras profesionales: desde las tensiones que han impuesto al trabajo académico los propios procesos de cambio y el insatisfactorio cumplimiento de los ambiciosos -y muchas veces inconsistentes- proyectos sostenidos en las décadas pasadas (3). Para renovarlo sin renunciar a su sentido esencial, tenemos que mantener la convicción de que el trabajo académico, práctica social sujeta a determinaciones específicas, al realizarse universitariamente, distingue el espacio y delimita el tiempo -y con ello la constitución de los sujetos que lo realizan- de una manera diferente a la que exigen otros ámbitos, modalidades de acción e instituciones sociales (4).

El trabajo universitario no es, ni puede ser, como el que se efectúa en las instancias del Estado o del gobierno, orientado por las pugnas de intereses políticos, aún en el mejor sentido de la polis o de lo estrictamente público; tampoco como el que se realiza en los sectores productivos, que cada vez tienen menos que ver con el anacrónico concepto de «iniciativa privada», ya que resultan quizás más públicos que las iniciativas gubernamentales al estar orientados por el afán de lucro y la competencia por el mercado.

El trabajo universitario no es tampoco, ni puede ser, como el que corresponde a la Iglesia, interesada finalmente en la «salvación de las almas», ni como el que concierne a los partidos o movimientos sociales organizados para la reivindicación de derechos terrenales o la redistribución social del poder. Es necesario sostener que la lógica de la universidad no puede ser ajena ni estar desvinculada de las lógicas de otras instituciones sociales, pero tampoco puede subsumirse a ninguna de ellas, pues entonces no sería más que un camino innecesariamente tortuoso, un medio irracionalmente indirecto, para la consecución de finalidades sociales que pueden perseguirse de maneras más eficientes.

Reconocemos que la relación universidad-sociedad es todavía, ciertamente, un problema difícil de plantear, ante el cual abundan intentos tanto conceptuales como prácticos de respuesta. Nos parece claro que ni la universidad ni los demás agentes sociales pueden eludir este problema, pero tampoco solucionarlo «definitivamente»: eso sería sacar a la universidad de la dinámica histórico-social y por tanto cancelar radicalmente el sentido mismo de su existencia. Los amplios procesos de reflexión y de discusión sobre las renovaciones, redefiniciones y rearticulaciones necesarias que hemos visto en los últimos años en muchas universidades públicas y privadas, y dentro de ellas en las escuelas de comunicación, ponen en evidencia, en estos tiempos de crisis, la tensión entre las diversas lógicas en pugna para que la universidad «sirva mejor a la sociedad». Pero es evidente que cada quien ve a la sociedad según su lugar en ella.

Aunque es obvio, entonces, que los más recientes acontecimientos mundiales y el impresionante repunte de «el mercado» como motor de la historia, tienden a desprestigiar -aun en círculos intelectuales- cualquier planteamiento que parezca crítico, «socialista», teórico o utópico, puede sostenerse que,

pese al riesgo de parecer anacrónico, el espacio universitario debe seguir siendo defendido de las reducciones que tratan de imponerle tecnócratas de fuera y de adentro. Para los estudios universitarios de comunicación esta situación es crucial, ya que como ha dicho Jesús Martín-Barbero, «El recorrido de esos estudios en América Latina muestra las dificultades que encuentra aún la articulación de lo abordado en la investigación con lo tematizable en la docencia, así como la lenta consolidación en propuestas curriculares de la interacción entre avance teórico y renovación profesional. De otra parte, al no estar integrado por una disciplina sino por un conjunto de saberes y prácticas pertenecientes a diversas disciplinas y campos, el estudio de la comunicación presenta dispersión y amalgama, especialmente visible en la relación entre ciencias sociales y adiestramientos técnicos. De ahí la tentación tecnocrática de superar esa amalgama fragmentando el estudio y especializando las prácticas por oficios siguiendo los requerimientos del mercado laboral. Pero en países como los nuestros donde la investigación y el trabajo teórico no tiene, salvo honrosas excepciones, espacios de desarrollo institucional fuera de las universidades, ¿dónde situar entonces la tarea de dar forma a las demandas de comunicación que vienen de la sociedad y al diseño de alternativas?» (5). Siguiendo una línea de razonamiento muy compatible con ésta, Guillermo Orozco argumenta «la conveniencia de abandonar, como objetivo principal, la adecuación de la formación universitaria de profesionales de la comunicación a los requerimientos del mercado de trabajo, para centrar el esfuerzo en captar y traducir adecuadamente en los currícula las necesidades de comunicación de la sociedad civil» (6). Como fundamento de su argumentación, Orozco entiende, siguiendo a Bourdieu, por campo educativo un conjunto de prácticas interrelacionadas entre sí de acuerdo a la función que cumplen en la división del trabajo de producción, reproducción y difusión del conocimiento, ampliamente entendido como un conjunto de saberes y habilidades. La premisa implícita de esta comprensión es que esos saberes y habilidades son «objetivables» y traducibles a planes de estudio concretos a través de los cuales se pueden enseñar y así reproducir. De acuerdo con esto, es posible diferenciar entre los «saberes prácticos», esto es, saberes que se han aprendido pero no se han enseñado y aquéllos que debido a su objetivación pueden enseñarse. Así es posible entender la existencia de comunicadores en la sociedad que no han pasado por la universidad, pero cuya práctica profesional no necesariamente difiere de la de aquellos que sí han cursado la carrera y poseen un título como profesionales de la comunicación.

Pero los saberes prácticos del oficio no lo son todo en la profesión, que siguiendo a Pablo Latapí concebimos como estructura social:

«Una profesión cualquiera, no es la prestación de un servicio de un individuo a otro individuo. Es un conjunto de relaciones estables entre hombres con necesidades y hombres con la capacidad de satisfacerlas. Por esto las profesiones adquieren modos de funcionamiento acordes con la formación social en que están insertas. Por esto son estructuras sociales» (7).

Para explicarnos el proceso por el cual se han ido constituyendo esas «relaciones estables» en el campo de la comunicación, es necesario identificar cómo y quién define las necesidades de comunicación, sobre qué bases y desde qué posición en la sociedad. Hemos reconocido, al respecto, que es una desarticulación múltiple (8) la que caracteriza al campo y la insuficiencia de información concreta que sobre la(s) profesión(es) del comunicador se ha producido. Sin más y mejor información no podremos avanzar siquiera en la formulación del problema, que ya hace más de una década Latapí planteaba en términos complejos:

«Cada profesión tiene un específico modo de producción de sus servicios; un perfil de funciones que corresponden a determinados sectores sociales; una implícita jerarquía de las necesidades humanas; una ideología subyacente que le dicta sus normas, sus valoraciones y sus conductas; una pauta para dividir y especializar sus servicios; y una manera correcta de relacionarse con otras profesiones afines. Todos estos elementos constituyen a la profesión en estructura social y hacen que, dejada al libre juego del mercado, refuerce el actual sistema de diferenciación de clases y distribución del poder» (9).

La relación entre formación universitaria y ejercicio profesional de la comunicación debe situarse, entonces, en dos niveles: el primero de ellos atendería a la inscripción funcional de los comunicadores universitarios en la dinámica social como profesionales especializados en la satisfacción de ciertos tipos de necesidades, mientras que el segundo correspondería a su constitución como agentes de transformación social, innovadores de las prácticas sociales de comunicación en sentido opuesto al reforzamiento del «actual sistema de diferenciación de clases y distribución del poder».

A esta doble consideración de la relación entre formación universitaria y ejercicio profesional de los comunicadores universitarios lleva el planteamiento, al menos discursivo, de la mayor parte de los diseños curriculares vigentes y de casi todos los estudiosos del tema. La utopía de un ejercicio comunicacional democrático y democratizador sigue siendo la orientación predominante en la retórica, aunque habría que analizar hasta qué punto en la mayor parte de las prácticas académicas y profesionales.

Para volver con la argumentación de Orozco, el caso de la enseñanza y las prácticas profesionales de la comunicación constituye un ejemplo muy nítido para observar la conformación de un campo educativo. Si aceptamos que siempre ha habido comunicadores, que muchos de ellos de hecho han ejercido la comunicación profesionalmente, pero que es en los años sesenta cuando aparecen las primeras Facultades de Comunicación, resulta evidente que esa fecha sólo marca la constitución del campo educativo de la comunicación, pero no la de las prácticas profesionales de la comunicación, ni mucho menos define la existencia de los comunicadores. La creación de las Facultades de Comunicación muestra simplemente la objetivación de ciertos saberes y conocimientos que constituían las prácticas de comunicación que ya existían y su traducción a un plan de estudios específico.

«Sin embargo, y este es un punto esencial, la conformación del campo educativo de la comunicación se realizó a partir de legitimar sólo ciertas prácticas profesionales. En su mayoría fueron aquellas que eran funcionales al desarrollo capitalista de los modernos medios masivos y por tanto eran prácticas que interesaban principalmente a los grupos que controlaban (y controlan) esos medios. Prácticas que deberían posibilitar su expansión y consolidación como empresas económicas y no sólo como instituciones culturales» (10).

La conformación de un campo educativo, entonces, no obedece a una necesidad histórica sino a necesidades concretas de ciertos sectores sociales. No todos los sectores pueden por sí mismos conformar un campo educativo que les sea funcional a sus fines. Son principalmente los sectores de la clase dominante los que están en posición de hacerlo. Más aún, estos sectores también definen las necesidades sociales del resto, en este caso las necesidades de comunicación, con la intención de legitimar socialmente la definición del campo educativo conformado. No es difícil ver por qué la perspectiva dominante hasta ahora en la definición del campo educativo de la comunicación ha sido la de tratar de adecuar la formación a los requerimientos del mercado de trabajo.

Todavía según Orozco, la teorización actual sobre el papel social de la universidad la ubica como una institución en un proceso dialéctico entre condiciones y límites externos y génesis de alternativas educativas. Las teorías de la reproducción que estuvieron en boga por muchos años han sido muy criticadas precisamente en sus supuestos acerca de una articulación precisa entre la formación de la fuerza laboral y los requerimientos del mercado en las economías capitalistas. Lo que los autores críticos postulan es una articulación, siempre en gestación, que conlleva conflictos y contradicciones y que debido a ello no acaba de ser total y exacta, dentro de un margen para la acción autónoma de la universidad como institución educativa. En parte, esta autonomía relativa se debe a los logros de movimientos sociales y la organización de distintos sectores de la sociedad para hacer oír su voz donde antes no tenía ningún eco.

Así, la universidad tiene cierta capacidad de conformar el campo educativo de la comunicación, a partir de la objetivación de saberes y habilidades imbuidos en prácticas de comunicación distintas a las requeridas para los medios y tecnologías de información o para satisfacer los requerimientos comunicativos de los sectores de la clase dominante. La universidad, remata Orozco, puede dirigir su atención a las prácticas de comunicación de otros sectores sociales para conocerlas y luego traducirlas a prácticas educativas que permitan otro tipo de formación de profesionales de la comunicación. Esta utopía universitaria puede tomar la forma de una hipótesis:

«El reto de una formación de comunicadores más relevante socialmente no radica en la intención de hacerlo (solamente), sino en la metodología para traducir adecuadamente las prácticas profesionales de comunicación y en general las prácticas sociales de comunicación en campos educativos (11).

Para dar un paso más en el desarrollo de esa metodología renovadora, hay otra aportación de Jesús Martín-Barbero:

«Un plan de estudios, un currículum, articula siempre, de alguna manera, la lógica de las disciplinas a la dinámica de las sociedades, y los modelos pedagógicos a las configuraciones profesionales que presenta el mercado de trabajo. De ahí que no pueda avanzarse en la renovación de los estudios de la comunicación sin que las escuelas construyan y reconstruyan permanentemente el mapa de las prácticas profesionales de comunicador que tienen legitimidad y vigencia en el país, mapa que incluye al menos los siguientes niveles:

- competencias y oficios: ¿qué saberes y destrezas conforman el bagaje básico y qué diferentes figuras hegemónicas el campo de la comunicación en el país?

- agencias de legitimación: ¿cuáles son las instancias que garantizan o devalúan esas competencias y oficios -las empresas de comunicación, las organizaciones gremiales, las instituciones estatales, las universidades, etc. y cuál es el peso relativo de cada una de ellas?

- dinámicas de transformación: ¿desde qué fuerzas, movimientos y actores sociales-políticos, tecnológicos, educativos, intelectuales, artísticos- se activan cambios en las competencias del comunicador y cuáles son las líneas de transformación y los rasgos principales de las figuras profesionales emergentes? La construcción de ese mapa exigirá a las escuelas revisar periódicamente su experiencia académica y sus modelos de formación» (12).

Antes de exponer como parte final de estas notas un intento, realizado por el ITESO (Guadalajara, México), de traducir metodológicamente en un nuevo perfil del comunicador la asimilación del diagnóstico disponible sobre las prácticas profesionales y la opción institucional por rescatar el margen de autonomía relativa de que dispone la universidad para conformar el campo educativo de la comunicación, conviene completar el planteamiento iniciado atrás sobre el componente utópico postulado como base para la formación universitaria de comunicadores. Creemos que así como la universidad, el conocimiento y el trabajo académico tienden a ser instrumentalizados según los intereses divergentes de distintos agentes sociales, la comunicación también tiende a ser reducida en algunas de sus aplicaciones funcionales a lo que esos agentes buscan: el lucro, el poder, la reproducción del sistema, el control social. Los usos concretos de la comunicación y sus recursos para la expresión o la autorrepresentación, para conseguir fines particulares, o para generar consenso en torno a la propia posición con respecto a cualquier referente (13), son precisamente los que convierten a las prácticas socioculturales de comunicación en objetos de estudio y de atención estratégica, porque a través de sus redes y sistemas se teje cada vez más la dinámica que conforma el entorno en que vivimos y nuestra propia identidad.

Pero estudiar esos procesos universitariamente implica, de entrada, la exigencia de no reproducirlos mecánicamente, ni como forma de las relaciones cotidianas al interior de la institución, ni como modelo de la acción que como profesionales los estudiantes habrán de realizar. Entran en juego aquí dos elementos de la lógica universitaria que son específicos de ella y que no tienen por qué ser tan pertinentes en otros ámbitos institucionales de la sociedad: la crítica y la utopía. La crítica, para desmontar, para «desnaturalizar» las prácticas vigentes, entender los porqués y paraqués de su operación y no sólo los qué y los cómo, de manera que puedan adoptarse, renovarse, reafirmarse o rebatirse conscientemente; pero también confrontarlas con un sistema de valores que se quisieran ver vigentes en la vida y en las prácticas sociales.

Si bien la crítica se confunde fácilmente con la descalificación destructiva y dogmática, y la utopía con el idealismo ingenuo y con lo ilusorio, es un desafío estrictamente profesional de los universitarios dimensionarlas en su sentido práctico: la crítica y la utopía como recursos indispensables del conocimiento y de la acción intencionada para la producción de nuevos sentidos, de nuevas prácticas, de nuevas y mejores relaciones sociales que interactúen con las vigentes en la sociedad y concreten opciones de desarrollo de los valores adoptados como fundamento del proyecto utópico.

La comunicación como proceso libre de determinaciones entre sujetos sociales que participan equitativa, consciente y responsablemente en la construcción de un consenso, de un sentido común, es una utopía. Pero es un modelo de enorme potencial práctico para entender y para usar críticamente la comunicación y sus recursos. Descubrir y desarrollar esa capacidad (competencia) en concreto, es lo que da sentido universitario al estudio de la comunicación. Para dominar las técnicas, alcanzar posiciones de poder o ejercitar las formas estéticas, hay caminos, también prácticos, más directos.

Una manera de intentar concretar curricularmente, mediante el diseño de un nuevo perfil del comunicador, esta concepción, que a nuestra manera de ver establece dialécticamente una base clara para la redefinición de la articulación formación universitaria-profesión, es la propuesta en el ITESO como parte de la revisión curricular en proceso, a partir de la experiencia acumulada a lo largo de casi veinticinco años de operación de su licenciatura en Ciencias de la Comunicación. El perfil propuesto del comunicador egresado del ITESO pretende definir y articular las operaciones profesionales que el egresado debe llegar a ser capaz de desarrollar, en cuatro niveles sucesivos, cada uno de los cuales implica al anterior.

El primer nivel abarca el dominio del lenguaje y se sintetiza en la capacidad de representar el acontecer; en otros términos, la competencia para codificar y recodificar con precisión y pertinencia los hechos de la experiencia próxima y lejana, concreta y abstracta, es decir, para ubicarse en el entorno y nombrarlo. Supone el desarrollo, hasta un grado superior al «promedio» de cualquier universitario, de las habilidades de hablar, escuchar, leer y escribir. Parece obvio que un profesional de la comunicación insuficientemente capaz de ubicarse en una situación cualquiera y describirla, no tiene mucho que hacer en un entorno sociocultural cada vez más complejo y cambiante.

El segundo nivel, que supone al anterior, concierne al control de la información, es decir, la mediación entre el acontecer y su conocimiento social -amplio o restringido-, operando diversos sistemas de significación (códigos) y distintos sistemas de transmisión de información (canales), desde la totalidad o alguno de los elementos de los sistemas de comunicación (medios), micro-meso-macro- o mega-sociales. Este nivel supone el desarrollo de las competencias para producir y/o desentrañar el sentido de los mensajes en circulación entre sujetos sociales concretos. Un comunicador que no pudiera emplear los medios para expresar mensajes específicos o no supiera reconocer los mensajes de otros, no tendría posibilidad alguna de acceder a los sentidos que los diversos sujetos sociales construyen en sus prácticas cotidianas.

El tercer nivel supone los dos anteriores y remite al dominio de los usos sociales de la comunicación y sus recursos. Puede sintetizarse en la capacidad de «generar organización» mediante el diseño, realización y evaluación de estrategias comunicativas que intervengan en situaciones concretas para la consecución de objetivos comunicacionales de agentes sociales determinados. Un comunicador que no fuera capaz de «instrumentalizar» la comunicación y sus recursos en función de fines sociales específicos, no tendría la posibilidad de apoyar la satisfacción concreta de necesidades.

Finalmente, el cuarto nivel remite a las competencias necesarias para operar la comunicación educativamente, es decir, para hacer participar a los sujetos sociales, consciente e intencionadamente, en la transformación de sus condiciones concretas de existencia a través de la apropiación crítica de sus prácticas mediante la comunicación. Este nivel es el que con mayor consistencia puede relacionar las prácticas profesionales de comunicación con los procesos de transformación social que puedan hacer vigentes, en ámbitos determinados, ciertos valores contrahegemónicos.

Este planteamiento de perfil del comunicador pretende fundamentar una nueva estructura curricular que permita el diseño de las experiencias de aprendizaje que sucesivamente, y en las distintas áreas de conocimiento necesarias para la formación universitaria de comunicadores vaya construyendo en los estudiantes las competencias requeridas para incorporar tanto los «saberes prácticos» de los oficios profesionales (que sólo pueden aprenderse ejerciéndolos), como los saberes y habilidades más específicamente universitarios, que sí pueden enseñarse. Hay que decir que ninguno de los niveles operativos propuestos implica la reproducción acrítica de las prácticas vigentes, ya que todas pueden ser innovadas, propósito que deberá perseguirse en las actividades escolares «experimentales». Por otra parte, ninguno de los niveles operativos propuestos está tampoco circunscrito a las condiciones (actuales o potenciales) de los mercados de trabajo: todos pueden ser ejercidos socialmente. De hecho, la formulación proviene de una exploración empírica de las prácticas profesionales, aunque aparezca expresada en términos teóricos.

La formación de las competencias operativas articuladas por una lógica propia de la comunicación que sustente la constitución de los estudiantes en profesionales a lo largo del proceso curricular universitario, es estrictamente un problema metodológico, aspecto estratégico fundamental del trabajo

académico sobre el cual hay todavía mucho que aprender. Una de las cuestiones claras al respecto es que realizar -hacer real- la tarea universitaria, no sólo utópica y críticamente, sino también y sobre todo práctica y eficientemente, exige profesionalidad de alta calificación en quienes la practican. La clave para que la universidad pueda distinguirse en el campo de la producción cultural y desde ahí aportar lo necesario al conjunto de la sociedad, está precisamente ahí: no sólo en la dedicación, capacidad y eficiencia del personal académico, o no sólo en las condiciones laborales y la dotación de apoyos, recursos y reconocimientos adecuados, sino sobre todo, en la ubicación del sentido y de los alcances y límites concretos de la práctica universitaria en términos socioculturales amplios.

La tensión profesional, la utopía realizable de un comunicador universitario, que en alguna medida pueden homologarse lógicamente tanto para el personal académico que trabaja en las escuelas de comunicación como para los estudiantes que egresarán de ellas, ha sido felizmente formulada por Jesús Martín-Barbero en términos de un proceso: pasar de ser «intermediarios» a «mediadores», es decir, de reproductores dóciles para la expresión y el logro de propósitos de otros, a interventores responsables del «tendido de puentes» entre sectores socioculturales estructuralmente separados. La utopía puede sintetizarse en palabras de Jesús Martín-Barbero:

«Mediador será entonces el comunicador que se tome en serio esa palabra, pues comunicar, -pese a todo lo que afirmen los manuales y los habitantes de la postmodernidad,- ha sido y sigue siendo algo más difícil y largo que informar; es hacer posible que unos hombres reconozcan a otros, y ello en «doble sentido»: les reconozcan el derecho a vivir y pensar diferentemente, y se reconozcan como hombres en esa diferencia. Eso es lo que significa y lo que implica pensar la comunicación desde la cultura» (14).

REFERENCIAS.-

- (1) FUENTES NAVARRO, Raúl: «El diseño curricular en la formación universitaria de comunicadores sociales para América Latina. Realidades, tendencias y alternativas». en: Dia-logos de la Comunicación N° 17, FELAFACS, Lima, abril de 1987. p 77-78.
- (2) Una excepción notable es el proyecto O mercado de trabalho de comunicacoes e artes e os profissionais formados pela ECA nas décadas de 70 e 80, en proceso en la Universidade de Sao Paulo. En otro sentido, los estudios mexicanos de la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, la Universidad Iberoamericana o el ITESO.
- (3) CALETTI, Rubén Sergio: «Reflexiones sobre teoría y cambio social.» en: Comunicación y cultura N° 10, UAMX, México, agosto de 1983. p. 169-185.
- (4) Algunas partes de la conferencia del autor titulada «Comunicación, Universidad, Profesión» (ITESO, Guadalajara, abril de 1991) son resumidas aquí.
- (5) MARTIN BARBERO, Jesús: «Teoría/ Investigación/Producción en la enseñanza de la comunicación.» en: Dia-logos de la Comunicación N° 28, FELAFACS, Lima, noviembre de 1990. p. 70-76.
- (6) OROZCO GOMEZ, Guillermo: «La formación de profesionales en comunicación: dos perspectivas en competencia.» en: Las Profesiones en México No. 5: Ciencias de la Comunicación. UAM-X, México, 1990.
- (7) LATAPI, Pablo: «Hacia un profesional diferente.» en: Política Educativa y Valores Nacionales. Nueva Imagen, México, 1979. p. 200.
- (8) Cfr. LUNA CORTES, Carlos: La Enseñanza de la Comunicación en México. Revisión Documental. ITESO, Guadalajara, 1991. También FUENTES NAVARRO, Raúl: «El desarrollo, la organización y el uso de la comunicación social en México.» en: PAOLI FJ (Coord.) Desarrollo y Organización de las Ciencias Sociales en México. CIIH UNAM/M.A. Porrúa, México, 1990.
- (9) LATAPI, op.cit.
- (10) OROZCO, op.cit.
- (11) OROZCO, op.cit.
- (12) MARTIN BARBERO, op.cit.
- (13) Cfr. HABERMAS, Jürgen: Teoría de la Acción Comunicativa. Tomo I: Racionalidad de la Acción y Racionalidad Social. Taurus, Buenos Aires, 1989.
- (14) MARTIN BARBERO, op.cit.